EL ALMA DE LA CIUDAD*

*Gail Thomas***

Agradezco la invitación a hablar aquí hoy, porque es regresar a casa. He tenido muchos mentores. La Universidad de Dallas fue, y sigue siendo, institucionalmente, mi mentor. En su seno formamos el Instituto de Humanidades y Cultura de Dallas. Tengo muchos amigos y colegas aquí. Es bueno estar aquí. Gracias.

Y es un gran privilegio conocer colegas de Ciudad de México, una de las ciudades más asombrosas del mundo, con tantas tradiciones todavía presentes en su cultura; ruinas antiguas que cuentan la historia de su gente y su pasado. Tradiciones que sostienen el tejido en el que se entrelaza su arte, música y cada aspecto de su forma de vida. Mi esposo y yo escogimos Ciudad de México para nuestra luna de miel, tal como hicieron sus padres treinta años antes, buscando al comienzo de nuestro matrimonio el abrazo, el encanto ofrecido por esta ciudad. Es un honor estar aquí con ustedes.

Como última ponente, tengo la tarea y el gran privilegio de ofrecer las ideas finales sobre la ciudad, su propósito, sus heridas y fragilidades, y su futuro ilimitado. Es una noble tarea, pues cerca del 80% de la población mundial vive en ciudades. Como dice el arquitecto Christopher Alexander: “Nunca hubo ciudades del tamaño de las que habitamos

239

* Traducción de José Manuel Orozco Garibay.

** Directora del Centro para la Ciudad, Instituto de Humanidades y Cultura de Dallas.

ahora”.¹ Parece imperativo que entendamos bien esto. Y entenderlo bien requiere que nos dirijamos a las disciplinas que clasificamos como “humanidades”.

¿Por qué importan las humanidades? Estamos acostumbrados a contestar esta pregunta a los estudiantes que entran a la universidad, que comienzan el recorrido de su vida. Sin embargo, no se ha prestado suficiente atención a las cualidades comprendidas en las humanidades en tanto se aplican a la ciudad. Es imperativo subsanar esta flagrante omisión. Puesto que este ha sido el trabajo de mi vida, quiero comenzar con mi propio credo:

1. Creo que vivimos en un universo que tiene un propósito, que hay una fuerza creativa y vital que opera en el mundo y que todos somos parte de ese trabajo magnífico. Llamamos a esta fuerza vital “Dios”. Dios tiene muchos nombres. Todos tenemos una conexión con esta vida creativa todopoderosa que llamamos Dios, y nos referimos a esta conexión como “espíritu”. Es posible vivir atentos a esta conexión espiritual. El *modo* en el cual y con el cual vivimos con esta conexión espiritual lo llamo “alma”. O vivimos con el alma, o vivimos desatentos, irreflexivos, enojados, codiciosos, vengativos y, al final, derrotados por la pérdida del alma.

2. Creo que el universo en sí mismo es una entidad sanadora, que se mueve constantemente hacia una conexión espiritual.

3. El tercer punto de mi credo es acerca de la herida. La herida se da siempre ahí donde la cura ocurrirá, ya sea en nuestra vida personal o en nuestra ciudad. Cuando vivimos sin pensar, sin una conexión espiritual, sufriendo la pérdida de alma, se produce una herida. Es en este momento en que se nos detiene y se nos pide cuidar la herida. Ponemos atención de manera diferente. La curación siempre es una reconexión. Y la cicatriz, donde la herida ha sanado, es la parte más dura del cuerpo. Cuando curamos nuestro cuerpo y nuestra psique, curamos el mundo.

4. Mi cuarto punto concierne a la belleza. La belleza como el orden adecuado de las cosas. Diré simplemente: la belleza... cura.

¹ Christopher Alexander, “What makes a city: The sacred center” (conferencia, Dallas City Hall, patrocinada por el Instituto de Humanidades y Cultura de Dallas, abril de 1993).

Se me ha pedido que hable acerca del alma de la ciudad. Es extraordinario darme cuenta de que he estado hablando de este tema por más de cuarenta años. He abordado el tema desde diferentes perspectivas: filosófica, espiritual, en el mito y la literatura, y en el trabajo concreto de crear lugares que inviten a una vida con alma de la ciudad. Y este trabajo me ha traído alegría.

Mi trabajo respecto de la ciudad comenzó en la Universidad de Dallas. Como directora del Centro para el Liderazgo Cívico, invité a nuestra ciudad a urbanistas, desarrolladores, arquitectos, artistas y poetas que fueron pioneros del cambio a finales del siglo XX. Este trabajo continuó en el Instituto de Humanidades y Cultura de Dallas, que surgió en el seno de esta universidad.

Entre los invitados estaba James Rouse, famoso por desarrollar mercados festivos como Faneuil Hall y Quincy Market en Boston. Su sueño era crear una ciudad con un fuerte sentido de comunidad, caminable, que brindara a sus habitantes la posibilidad de vivir, trabajar y recrearse dentro de límites conocidos, enriqueciendo la vida comunal. Cuando habló en Dallas, terminó su ponencia preguntando: “¿cómo creamos una ciudad que nutra el amor?” Esta pregunta cayó en suelo fértil e incitó una conversación que ha continuado en nuestra ciudad por treinta años.

¿Cómo creamos una ciudad que nutra el amor? En el mundo de hoy, ¿es siquiera posible tratar de imaginar una ciudad que alimente el amor? (nuestra ciudad, Dallas, tiene un índice de pobreza de 40%).

Recuerdo la historia que contó James Rouse durante su plática. Fue en un coloquio en torno a “Qué hace a una ciudad”, que organizamos en la década de 1990. Contó que había reunido un grupo pequeño (de menos de doce personas) para hablar sobre fundar una ciudad. Esa ciudad terminó siendo Columbia, en Maryland. Pensó de corazón que el pueblo podía fundarse en valores humanos más que en valores económicos. Contó que había pedido al grupo de abogados, ingenieros, poetas, maestros, artistas y empresarios que imaginaran un pueblo que les permitiera ser lo más humanos posible. Lo último que les dijo, antes de darles pie a que esbozaran sus ideas sobre este nuevo pueblo, fue: “Imaginen que fundan una ciudad que nutre el amor. ¿Cómo sería?”.

Nosotros no debemos dejar ni dejaremos de hacer esta pregunta. Una respuesta rápida es que un pueblo o una ciudad ofrecen oportunidades para hacerse presente frente a uno mismo y frente a los otros, completamente presente.

¿Cómo podemos ser capaces de estar más “presentes” en nuestra ciudad? ¿Cómo podemos estar más vivos, ser más individualmente “lo que estamos destinados a ser” —de manera única, específica, plena de alma— viviendo en nuestra ciudad? Esa es la cuestión.

Consideremos el primer coloquio, en 1978, patrocinado por el Centro para el Liderazgo Cívico de la Universidad de Dallas. Fue el primer seminario público que se impartió en el edificio recién inaugurado del Ayuntamiento de Dallas, diseñado por I.M. Pei. El título fue una sacudida: “Caminar, sentar, habitar”. Solo que llamar al centro de Dallas “la Ciudad del Habitar” fue darle un nombre inapropiado. Treinta personas vivían en el centro. Este era un sitio para estacionarse en sótanos, subir en elevador a las oficinas en torres de cristal y trabajar; o para cruzar en coche rápidamente de un lado al otro de la ciudad. Pero en aquel entonces, ciertamente no era un lugar para “habitar”.

Ahora, Dallas es una ciudad dinámica llena de gente impulsada por un espíritu invisible que nos hace creer a todos que podemos hacer cosas aquí. Y lo creemos porque *podemos* hacer cosas aquí. ¡Que notable momento para nuestra ciudad! Somos testigos de un enorme cambio. Hoy estamos más preocupados por la naturaleza y el espacio público en nuestra ciudad que por cruzarla deprisa, lo que fue la enfermedad del siglo XX y que solo recientemente hemos abandonado. Qué sorprendente es que Dallas, Texas, se proponga ser la ciudad del espacio verde. Mientras que en las últimas décadas del siglo XX Dallas estaba concentrada en hacer todo en grande, ahora parecemos querer, en la segunda década del siglo XXI, desacelerar y sentarnos en el pasto.

¿Qué prueba tenemos de ese cambio? Tenemos planes para hacer inversiones millonarias en cuatro parques, con inversión pública y privada, así como para cuatro parques nuevos en el centro. Queremos parques para la gente. Queremos que la gente venga al centro no a comprar o a comer, sino solo a estar ahí, estar en presencia de otras personas que estén ahí.

Eso está pasando ya. Es difícil recordar cómo era el centro en la década de 1980, cuando comenzamos a tener nuestros coloquios sobre la ciudad. Dallas había sufrido una severa recesión económica en esa década. Había edificios abandonados y tapiados. La única empresa minorista era la importante Neiman Marcus, en la esquina de Main y Akard. El centro era un pueblo fantasma.

En 1992 creamos un parque en el epicentro del centro de Dallas, la plaza Pegaso, un lugar para honrar el espíritu de Dallas y también un lugar “solo para estar ahí...” Y luego celebramos una serie de conferencias sobre el mito de Pegaso.

Recuerden conmigo el mito de Pegaso, el caballo alado que surgió de la cabeza de Medusa, la gorgona de cabellos de serpiente. Hizo falta un acto intrépido para cortar la cabeza de Medusa, y de ahí surgió Pegaso, de alas doradas. Luego llegaron las musas trayendo cultura y una vida animada. Pegaso y el joven héroe Belerofonte volaban y curaban a la ciudad hasta que Belerofonte se volvió demasiado pagado de sí mismo y, en el máximo acto de *hibris*, pretendió volar en lomos de Pegaso para cenar con los dioses en el Monte Olimpo. Zeus envió un rayo y Belerofonte se desplomó a la tierra y murió. Por supuesto, Pegaso es eterno; reina como una constelación que se observa en el cielo nocturno.

De manera muy parecida a las historias de Quetzalcóatl en Ciudad de México, la miríada de mitos sobre Pegaso cuenta la historia tanto de los triunfos como de las pruebas de Dallas. Nuestro mito fundacional es de muertes. Cuando nuestro fundador John Neely Bryan vino a esta zona a comerciar con los indios, descubrió que habían sido asesinados por las tropas federales. Esta matanza ha marcado a Dallas de tal modo que ha llegado a formar parte de su mito fundacional. Lo irónico es que seguimos siendo conocidos en el mundo como el lugar, la ciudad, donde nuestro presidente John F. Kennedy fue asesinado.

Pero el mito es también la historia de la curación. Mencioné antes que “la herida se da siempre ahí donde ocurre la cura”. La curación es una reconexión. Después del asesinato de Kennedy en Dallas, el alcalde Eric Jonsson inició el programa “Objetivos para Dallas”, que convocaba a ciudadanos de toda la ciudad, y la curación comenzó.

Hablemos de nuestras ciudades. Para usar la pregunta de Wordsworth: “¿Ha muerto la gloria de la tierra para siempre?” ¿Hay esperanza para las ciudades del mañana?

Quiero comenzar con una revisión somera de la diferencia entre una ciudad del siglo XX y una del siglo XXI, pues creo que es grande. La ciudad del siglo XX es expresión gloriosa de nuestros logros tecnológicos; sin embargo, nos metió en los problemas en que estamos ahora. Pienso que, dentro de trescientos años, los historiadores, poetas y urbanistas verán las ciudades del siglo XX como el ejemplo más extraordinario de arrogancia y de la rampante voluntad de construir, simplemente “porque podíamos hacerlo”.

Las ciudades del siglo XX, especialmente las construidas en la última mitad del siglo (después de la Segunda Guerra Mundial y de la bomba atómica), desataron una oleada de expansión en este país que creo que ha infectado a toda nación del planeta. Y sí, hemos estado ciegos en nuestras acciones. Deseo agregar que hemos infectado al planeta con algo más que las elevadas concentraciones de dióxido de carbono que hay que mitigar. Hemos infectado al mundo con el enajenante y arrogante delirio de que nosotros, los humanos de un solo siglo, poseemos el control de este planeta.

244 Sin embargo, *la conciencia que tiene el control* nos está haciendo ver nuestro lugar. Y nuestro lugar humano no se trata de control, expansión, superioridad, ganancias ni conquistas. Mientras que las ciudades del siglo XX construyeron vías de conexión (ferrocarriles, supercarreteras, aeropuertos, más y más hormigón, accesos más sencillos y mayores huellas de carbono) conforme se expandían, la ciudad del siglo XXI tiene que ver con recordar lo que significa ser humano, esto es, tender vías peatonales, carriles para bicicletas, senderos en bosques urbanos y respetar el papel que el agua tiene en nuestra vida. La ciudad del siglo XXI tiene que ver con recordar y honrar nuestro lugar en la naturaleza.

La ciudad del siglo XXI, todavía en sus primeras décadas, muestra ya señales de cambio. Se trata, como dije, de recordar lo que significa ser humano. Ser humano no consiste en jugar a ser Dios. Se trata de revelar a Dios en el mundo. En los últimos trescientos años hemos tratado de ir solos, separados de un todo mayor, el cosmos (Descartes: “pienso,

luego existo” en lugar de “yo soy, luego pienso”). O recuerden a Rilke llorando en su castillo de Duino: “¿Quién, si gritara yo, me escucharía en los celestes coros?”.²

Ahora, en los primeros años de este siglo, estamos redescubriendo nuestro lugar en el universo y las delicadas pero poderosas fuerzas de la cooperación que existen entre la humanidad y la creativa conciencia divina, que es el movimiento originario del universo. En verdad, después de este hiato doloroso, esta alienación del espíritu humano de su fuente, la ciencia regresa a su punto de partida, como la noción griega del *ouroboros*, la serpiente cósmica que se muerde la cola. La ciencia, por medio de la física cuántica, se ha reconectado con la conciencia cósmica, el motor inmóvil, Dios.

Es como si hubiésemos despertado de un sueño en el que creíamos tener el control del mundo, y las cosas fueran mal y empezaran a írsenos de las manos, que no supiéramos adonde dirigimos ahora. Y cuando despertamos, escuchamos una clara voz que decía: “Pueden hacerlo. Tienen todas las herramientas de la imaginación para superar esto. Úsenlas”.

Así pues, ofrezco algunas herramientas de la imaginación para nuestra planificación de la ciudad. Son herramientas diferentes, hechas de un material diferente:

1. Una herramienta nueva: *blando es duro*. La vieja perspectiva, de acuerdo con Tom Peters,³ asumía que duro es duro. Los números “duros” te decían todo lo que necesitabas saber para tratar con activos duros, tales como calles, fábricas, maquinaria y edificios. Hay la misma insensatez en asumir que los estados financieros dicen si una organización goza o no de salud. Pero con nuestros nuevos ojos, todo lo que es blando es duro. Personas, vecindarios, relaciones... constituyen toda la materia blanda que determina lo que realmente se consigue y qué tan bien se logra.

Carl Jung cuenta la historia de su primer encuentro con los indios pueblo. Jung relata que le dijeron que pensaban que todos los blancos estaban locos. Por supuesto, quedó sorprendido y les preguntó por

² Rainer María Rilke, *Las elegías de Duino*. Versión de Juan José Domenchina (México: Centauro, 1945), 27.

³ Tom Peters y Robert Watermann Jr., *In search of excellence* (Nueva York: Harper & Row, 1982).

GAIL THOMAS

qué. “Porque dicen que piensan con la cabeza.” Jung replicó, “Bueno, claro, ¿con qué piensan ustedes?” “Nosotros pensamos aquí”, dijo el hombre pueblo, señalando su corazón.⁴

2. Imaginar: las nuevas herramientas para planificar la ciudad necesariamente empiezan con imaginar la ciudad: ¿cuál es el carácter —la naturaleza— y la vocación de nuestra ciudad?

El carácter es la impronta, lo más básico. Igual que una bellota que se convierte en roble. Ya está ahí en el ADN. Simplemente diría que el carácter es el alma de la ciudad. Está ahí desde el principio, en la fundación de la ciudad, en el modo en que los vientos soplan y las aguas fluyen. En la fauna y en la flora. Está ahí en los actos míticos de la fundación de la ciudad (en nuestro caso, Dallas, en el modo en que John Neely Bryan llegó a las tres ramificaciones del río Trinidad en 1842, a donde habían llegado los españoles doscientos años antes y llamaron a lo que vieron “La Santísima Trinidad”). Y el carácter de la ciudad está en el espíritu de la gente que la ha construido. Preguntar por el carácter de nuestra ciudad también es preguntar por su naturaleza.

Y ¿cuál es la “vocación” de nuestra ciudad? “¿Qué quiere ser la ciudad?” Estas preguntas asumen que tenemos una relación causal con el cosmos; que hay un propósito por el que estamos aquí, y que nuestro reto es buscarlo y descubrirlo.

3. Belleza: La belleza cura. La belleza es natural al alma; es la naturaleza del alma. Seamos claros al respecto. El alma anhela la belleza. Sugiero que cultivemos la disciplina de desear la belleza en lugar de la eficiencia o la productividad. ¿Qué pasaría si nuestros ayuntamientos emitieran una solicitud de propuesta de belleza para todo proyecto urbanístico en la ciudad? No me refiero al arte y sus obras, sino a la proporción y el equilibrio, a un sentido interno de adecuación, a lo que Christopher Alexander llama “barómetro humano”. Kathleen Raine dice que “la belleza hace que el alma se hinche”. Y Jane Jacobs dice que “la belleza te pone en tu más alto corazón”. ¿Nos hemos acostumbrado tanto a la fealdad que ya no notamos la falta de belleza? ¿Cuántas veces hemos escuchado la excusa: “es la forma más barata de hacerlo?”.

⁴ Carl Gustav Jung y Aniela Jaffe, *Memories, dreams, reflections* (Nueva York: Pantheon Books, 1963).

¿Cuál es el destino de nuestra vida urbana? ¿Cuál es el futuro de las ciudades que hemos construido? ¿Nos dirigimos sin parar hacia un futuro dependiente del petróleo y a nuestra inexorable destrucción o hay algo que podamos hacer? Sostengo que sí. Estamos aprendiendo que podemos construir nuestros edificios y los demás elementos de nuestra vida urbana de manera que limpien el aire y curen la tierra. Estos son modos de cuidar las formas visibles de nuestra ciudad: la arquitectura, el diseño de los edificios, la manufactura sin desperdicios de nuestros coches, el mobiliario, la tapicería en la que nos sentamos, los zapatos con los que caminamos. Son “las formas visibles” que debemos atender en la ciudad.

Aunque está fuera de mi disciplina el ámbito de la ciencia, permítanme abordar “las formas invisibles”. Creo que el Espíritu (en la ecuación de cuerpo, alma y espíritu) ha sugerido un nuevo modo de entender la ciencia. Esta alianza ha sido dejada de lado durante los últimos trescientos años. Y nosotros, los seres humanos, hemos estado a la deriva porque estamos atrapados en el trabajo del alma de lidiar con un mundo alienado.

En la bibliografía científica más reciente parecería que el Espíritu y la ciencia se han fundido. Tal vez hemos cerrado el círculo completo. La ciencia ha cambiado radicalmente en los últimos diez años y más aún en los últimos cinco años. ¿Podríamos estar en un punto de quiebre en la historia? Los descubrimientos hechos por telescopios para espacio profundo nos están proporcionando datos no solo acerca del universo cercano, sino también del universo distante y de galaxias lejanas, e incluso de eras oscuras antes de que las galaxias se formaran. ¿Qué significan estos nuevos descubrimientos para nosotros los que vivimos en Dallas, Texas, preocupados por si tenemos o no parques para que nuestros niños jueguen o aguas limpias para navegar?

Tomemos esta cita del físico Joel Primack y de la becaria Fullbright Nancy Abrams:

Como sociedad, hemos explotado los poderes de un universo a cuya existencia estamos ciegos. [...] Somos la primera gran cultura en la historia de la humanidad que no tiene una imagen compartida de la realidad. Casi todos

tenemos un modo de ver el universo propio del siglo XVII, que no corresponde a los principios científicos que usamos tan inconscientemente en nuestros celulares y computadoras. Debemos cobrar conciencia de la física cuántica, la relatividad, la evolución y una escala de tiempo cosmológica. Hace 400 años, Galileo destruyó la cosmovisión medieval según la cual la Tierra era el centro del universo y todos los planetas y estrellas se movían alrededor de la Tierra. El problema es que los nuevos científicos fueron capaces de hablar acerca de lo que el universo no es, pero fueron incapaces de hablar de lo que el universo es.⁵

Podemos comenzar a ver lo que nos pasó hace cuatrocientos años, cuando la vieja teoría de que “la Tierra es el centro del universo” fue desechada. Perdimos la conexión personal con los cielos y con nuestra propia Tierra. La Tierra se convirtió en un elemento de una “teoría”, no en un actor central en el drama de nuestra vida personal. La Tierra se volvió “científica”, separada de nuestra vida real. En ese momento empezamos a explotar los recursos de la Tierra para nuestro propio beneficio. Dejamos de sentir una conexión o una responsabilidad personal con la Tierra.

Pascal, el físico francés del siglo XVII, matemático, filósofo y teólogo, expresó el malestar que tuvo lugar después de Galileo y de que la visión de Copérnico comenzara a establecerse. “Me siento envuelto por la infinita inmensidad del espacio del cual nada sé, y que nada sabe de mí. Estoy aterrizado.”⁶ El nuevo “universo científico” se sintió frío, sin forma e incomprensiblemente enorme, en el que los seres humanos son insignificantes y están desarraigados. Esta impresión del universo ha durado hasta nuestros días. De hecho, esta es la cosmología en la que hemos crecido —un universo indiferente— y constituye una vasta escisión entre la visión científica del mundo y la visión religiosa de un Creador que nos observa desde los cielos. Este obstáculo, esta escisión, es una asombrosa realidad de nuestro tiempo. Esta escisión es tal vez la mayor desventaja mental que hay para resolver los problemas ambientales y ecológicos de nuestro planeta.

⁵ Joel Primack y Nancy Abrams, *The view from the center of the universe* (Nueva York: Riverhead Books, 2007).

⁶ Blaise Pascal, *The thoughts of Blaise Pascal* (Charleston, SC: Nabu Press, 2012).

Pero la ciencia está cambiando, y también el pensamiento religioso. Estamos presenciando la fusión de la física y la ciencia a través del Espíritu. ¿Es posible que los defensores del diseño inteligente se valgan ahora de la última teoría científica para explicar la existencia de Dios?

Lo principal del ADN estriba no solo en sus complejas instrucciones codificadas para la vida, sino también en su increíblemente bien diseñada arquitectura, que le permite contener miles de millones de instrucciones detalladas dentro de una molécula microscópica. ¡La cantidad de ADN que podría caber en la cabeza de un alfiler contiene la información equivalente a una fila de libros que diera la vuelta a la Tierra cinco mil veces!

Y la ciencia se parece más y más a un saber espiritual. Los científicos dicen ahora (y retomo a Primack y Abrams): “Somos la primera generación que puede saber de qué trata el universo. [...] El universo habla y siempre lo ha hecho, pero apenas ahora tenemos las herramientas tecnológicas y las capacidades intelectuales para escuchar y entender lo que dice”.⁷

Muchos de nosotros carecemos de oídos sintonizados para la física cuántica y la relatividad y, por tanto, tenemos que recurrir a mitos, historias e imágenes para entender. Ver la realidad exige mucha imaginación. Einstein lo dice de modo distinto: “Los problemas no pueden ser resueltos al mismo nivel del pensamiento que los creó”.

¿Qué tiene que ver la cosmología con las ciudades y la vida urbana? Yo diría: ¡Todo! ¿Podría ser que la solución a nuestros problemas más complejos dependa de que recuperemos la visión de que *somos* el centro del universo? ¿De que tenemos un lugar? Al entender el universo nos entendemos a nosotros mismos. La cosmología es la visión global de una cultura. Crea una morada cósmica en la que todo encaja.

Si en nuestras ciudades no podemos respirar a causa de la mala calidad del aire, producida por el exceso de coches y edificios tóxicos, o si nuestras aguas están contaminadas por residuos químicos y heces fecales arrojados a los ríos por el sistema de drenaje que descargan nuestras calles y patios, sabemos entonces que debemos encontrar soluciones

⁷ Primack y Abrams, *The view from the center of the universe*.

para cambiar la forma en que vivimos. Conocer la relación de las cosas entre sí nos ayuda a comenzar a preocuparnos por los elementos de nuestro mundo urbano. Pero necesitamos la visión global.

En 1543, Copérnico propuso la idea estremecedora de que la Tierra no es el centro del universo, sino uno de los planetas que se mueven alrededor del Sol. Pero no cambiamos de cosmología fácilmente. Giordano Bruno fue quemado en la hoguera por postular un universo infinito que contenía la posibilidad de otros mundos. En 1609, el telescopio de Galileo confirmó la teoría de Copérnico y treinta años después Galileo fue puesto bajo arresto domiciliario por el resto de su vida y forzado por la Iglesia de abjurar de su descubrimiento. Este solo hecho produjo un cisma entre la ciencia y la religión que ha perdurado hasta nuestros días. Los científicos, siguiendo el ejemplo de Francis Bacon y Descartes, adoptaron una postura para su propia protección: no interferir con la religión. No se adjudicarían autoridad alguna sobre nada que no fuera el mundo material (la materia), y dejaron a la Iglesia cualquier cuestión de significado, valor y espíritu. En ese punto, el Espíritu, que había estado unido a la materia, se divorció de ella y quedó aprisionado en el dogma.

250 | Ese es el ambiente en el que crecimos (400 años de física newtoniana), y eso significa haber tenido que desterrar al corazón y guardar en el clóset los fenómenos espirituales, las nociones de Dios, las oraciones, las curaciones milagrosas, el asombro antes los mensajes inspiradores aprendidos de la Naturaleza. El impacto que esta escisión ha tenido en la construcción de ciudades ha sido enorme.

¿Cómo? Hemos vivido con una comprensión *existencial* de los orígenes de nuestro planeta y de nuestro habitar en él. No hemos sostenido una relación *sacramental* entre la naturaleza del cosmos y nuestra propia naturaleza. Por lo tanto, la naturaleza por sí misma ha sido denigrada, y nosotros los seres humanos, a la deriva en un mundo donde nada es sagrado, pensamos que teníamos el derecho a explotar nuestro planeta, nuestras selvas y árboles y aguas y minerales y aire, para nuestra ganancia personal. Y así lo hicimos. Vean lo fácil que es para un urbanizador en Dallas cortar un árbol centenario si está en medio de un nuevo desarrollo inmobiliario. En nuestra sociedad moderna, quienquiera que

impugne el derecho aparentemente innegable de los individuos de obtener ganancias económicas es castigado y ridiculizado. En los últimos dos años en Dallas, cualquiera que haya defendido los principios ecológicos ha sido descalificado como “abrazárboles”. Sin embargo, los tiempos están cambiando, y están cambiando radical y rápidamente.

Volvamos a la razón científica. Ya tenemos evidencias científicas convincentes de que vivimos en un momento muy propicio en la vida del universo —un punto medio— para ver telescópicamente hacia atrás a través de la materia oscura y hacia adelante en la expansión del universo.

Estamos, de nuevo, en el centro del universo. ¿Recuerdan la primera fotografía de nuestro primer aterrizaje en la Luna? Nuestros astronautas volteaban a ver la Tierra maravillados. Ahora tenemos los ojos espirituales e intelectuales con los cuales ver la delicada y frágil, azul y verde Tierra, y reconocer su belleza y la maravilla de su existencia. Nuestros corazones están abiertos y queremos cuidar esta fenomenal “maravilla del ser” que es el planeta Tierra.

Estamos, de nuevo, en el centro del universo, pero con una visión diferente. No sabemos cómo lucirá el siglo XXI. Aún no tenemos nuevos modelos. Pero sabemos que debemos detenernos y tomarnos el tiempo de volver a considerar las ciudades que construimos.

Todos queremos lugares donde podamos experimentar la naturaleza; lugares en los que podamos encontrarnos con el misterio del mundo natural y donde recordemos un universo sagrado, un cosmos santo que continúa obrando en perfecta armonía y orden a pesar de nuestra descuidada torpeza. Y queremos acontecimientos que nos reúnan, para celebrar nuestra humanidad, nuestras alegrías y nuestras tristezas.

Hemos sido despertados como de un sueño profundo. Han sido necesarios ataques agresivos contra nuestra patria para que apreciemos las libertades que gozamos. Han sido necesarias feroces catástrofes naturales, como terremotos, inundaciones y tornados que sufrimos recientemente, para aceptar la necesidad de cuidar nuestra Tierra. Hemos sido convocados a la tarea de examinar nuestras asunciones básicas sobre nuestro modo de vida y lo que consideramos más valioso.

GAIL THOMAS

Hay un cambio enorme en puerta. Está pasando en todo el mundo. Los valores del siglo XX están amenazados. ¿Cuáles son nuestros valores? ¿Cómo queremos vivir nuestra vida? ¿Qué nos mueve? Veamos los cambios que se suceden en medicina. La práctica de la medicina acepta nuestra total relación con nuestro mundo, más que los análisis microscópicos. Hace veinticinco años fui con un especialista de la Southwestern Medical School, quien me dijo que la comida no tenía nada que ver con mi salud. Actualmente hay seminarios en todo el país que atraen a miles de doctores, para discutir sobre el poder del pensamiento, la oración y la sanación, la relación entre el médico y el paciente como principal factor de la salud, y los poderes sanadores de la comida.

Y la arquitectura. El cambio más revolucionario es en la arquitectura. Nuevas ideas verdes en arquitectura y el nuevo urbanismo alterarán seguramente el modo como vayamos a erigir nuestras ciudades del siglo XXI. Podemos construir nuestros edificios de manera que limpien el aire y sanen la tierra. Estos cambios se dan ya en nuestra planificación de la ciudad. Anhelamos lugares humanos, jardines, parques, senderos para bicicletas, árboles, bancas, sombra, campos de juego, risas y carreras de niños. Queremos ver vida humana en nuestras ciudades, no más autos y tráfico embotellado. Alguien dijo que no tenemos que describir cómo se ve una buena ciudad, sino que lo sabemos tan pronto la vemos. Lo sabemos al experimentarlo. Mis mentores de planificación (Holly White de Nueva York, Jane Jacobs de Toronto, Christopher Alexander de Berkeley, Larry Beasley de Vancouver), hablan de la “experiencia” de la ciudad, de cómo es caminar por la calle, sentarse, observar; en pocas palabras, poner atención a lo que nos rodea. Mi opinión acerca de Dallas es que una razón por la que conducimos tan rápido y construimos más vías de alta velocidad es que no hemos querido detenernos y mirar. ¡Es impactante, en verdad, mirar de cerca lo que hemos construido!

Pero podemos comenzar ahora, en el primer cuarto del siglo XXI, a construir de manera distinta. Podemos crear una ciudad aquí en Dallas, Texas, que sea tan bella, saludable, verde y estimulante como cualquier ciudad del planeta. Podemos crear una ciudad que sea una obra de arte.

Pero debemos tener la visión para hacerlo. Toda obra de arte debe empezar con una imagen implantada en el cristalino de los ojos, de modo que veamos a través de esta imagen cuando miremos todo lo que nos rodea. Y debemos tener la voluntad de hacerlo.

Christopher Alexander, un arquitecto que también es poeta, dice:

Existe un modo intemporal de construir.

Tiene miles de años de antigüedad y es hoy el mismo de siempre.

No es posible hacer grandes edificios, ni grandes ciudades, ni hermosos lugares en los que te sientas tú mismo, lugares en los que te sientas vivo, si no sigues este modo.

Se trata de un proceso a través del cual el orden de un edificio o de una ciudad surge directamente de la naturaleza interna de la gente, los animales, las plantas y la materia que los componen.

Se trata de un proceso que permite que la vida interior de una persona —o de una familia, o de una ciudad—, florezca abiertamente, en libertad, con tanta pujanza que da nacimiento, espontáneamente, al orden natural necesario para sustentar dicha vida.

Es tan poderoso que con su ayuda cientos de personas reunidas pueden crear una ciudad que sea viva y vibrante, pacífica y relajada, una ciudad tan hermosa como cualquier ciudad de la historia.

Cada uno de nosotros desea ser capaz de dar vida de manera semejante a un edificio o a una parte de una ciudad.

En el fondo del corazón, todos albergamos el sueño de hacer un mundo viviente, un universo.⁸

⁸Christopher Alexander, *El modo intemporal de construir*. Trad. por Iris Menéndez (Barcelona: Gustavo Gili, 1981), 21-22.

GAIL THOMAS

El centro de Dallas al fondo con el río Trinity en primer plano. Tomada del puente N Hampton Rd.
29 de marzo de 2009. Imagen tomada del sitio [https://commons.wikimedia.org/wiki/
File:Downtown_Dallas_from_the_Trinity_River.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Downtown_Dallas_from_the_Trinity_River.jpg) [consultado el 1 de septiembre de 2020].

254

El río Trinity en Dallas se inundó hasta los diques en junio de 2015. Visto desde el puente de la calle
Commerce, 3 de junio de 2015. Imagen tomada del sitio [https://commons.wikimedia.org
/wiki/File:Trinity_Flooded_June_2015.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Trinity_Flooded_June_2015.jpg) [consultado el 1 de septiembre de 2020].